



Los negros

25 de marzo

Sobre mi mesa hay flores. Preciosas. Un regalo de la buena de mi patrona, pues hoy es mi cumpleaños.

Pero necesito la mesa y aparto a un lado las flores, y también la carta de mis ancianos padres. Mi madre ha escrito: «En tu cumpleaños te deseo, mi querido niño, todo lo mejor. ¡Dios todopoderoso te dé salud, suerte y felicidad!» Y mi padre: «En tu trigésimo cuarto cumpleaños, mi querido hijo, te deseo todo lo bueno. ¡Dios todopoderoso te dé suerte, felicidad y salud!»

La suerte siempre puede uno necesitarla, pienso para mí, y sano también estás. ¡A Dios gracias! Toco madera. Pero ¿y feliz? No, no lo soy. En absoluto. Pero, al fin y al cabo, ¿quién lo es?

Me siento a la mesa, destapo el tintero rojo, me pongo los dedos perdidos y me enfado. Habría que inventar de una vez por todas una tinta con la que fuera imposible mancharse.

No, verdaderamente no soy feliz.

No seas idiota, me digo en tono imperioso. Tienes una posición estable con derecho a pensión, y eso, en los tiempos que corren, en los que nadie sabe si mañana





la tierra seguirá girando, ya es mucho. Más de uno daría lo que fuera por estar en tu lugar. ¡Con lo pequeño que es el porcentaje de candidatos a maestro del Estado que realmente llegan a serlo! Da gracias a Dios por pertenecer al cuerpo docente de un instituto de enseñanza media y de que por tanto puedas volverte un viejo chocho sin ninguna preocupación económica. Puedes llegar a los cien años, quizá hasta te conviertas en el habitante más viejo de la patria. Aparecerás el día de tu cumpleaños en una revista y debajo pondrá: «Aún tiene plenas facultades mentales.» ¡Y todo eso con pensión! Tenlo presente y no faltes a tus obligaciones.

No lo hago y me pongo a trabajar.

Hay veintiséis cuadernos azules junto a mí, veintiséis chicos en torno a los catorce años que ayer en clase de geografía tuvieron que escribir una redacción. Precisamente yo soy quien da geografía e historia.

Afuera aún brilla el sol. ¡Qué bien se debe de estar en el parque! Pero el trabajo es lo primero, así que me pongo a corregir y apunto en mi libreta quién vale y quién no.

El tema propuesto por la autoridad competente para las redacciones era el siguiente: «¿Por qué hemos de tener colonias?» Sí, ¿por qué? Pero escuchemos...

El primer alumno empieza por B: se apellida Bauer, de nombre de pila Franz. En esta clase no hay ninguno que empiece por A; en cambio tenemos cinco que empiezan por B. Es algo poco frecuente, el que haya tantos B en una clase de un total de veintiséis alumnos, pero dos de los B son gemelos, de ahí lo extraordinario. Auto-





máticamente repaso en mi libreta la lista con los nombres y constato que a la B casi únicamente la alcanza la S... Justo: cuatro empiezan por S, tres por M, dos por E, G, L y R, uno por F, H, N, T, W y Z, mientras que ninguno de los chicos empieza por A, C, D, I, O, P, Q, U, V, X o Y.

Pues bien, Franz Bauer, ¿por qué necesitamos las colonias?

«Necesitamos las colonias —escribe—, porque precisamos incontables materias primas, pues sin materias primas no podríamos emplear nuestra industria de primer rango según su más íntima naturaleza y valor, lo que traería como consecuencia intolerable que el trabajador nativo volvería a quedarse sin empleo.» Muy bien, querido Bauer. «Pero no se trata en suma del trabajador...» Sino, ¿Bauer? «Se trata más bien de todo el pueblo, pues también el trabajador pertenece al fin y al cabo al pueblo.»

Éste es sin duda un descubrimiento fenomenal, se me ocurre, y de pronto me vuelve a llamar la atención la frecuencia con que en nuestros días saberes antiquísimos nos son servidos como si fueran lemas formulados por primera vez. ¿O es que siempre ha sido así? No lo sé.

Ahora sólo sé que de nuevo tengo que leerme veintiséis redacciones, redacciones que, partiendo de suposiciones erróneas, llegan a conclusiones falsas. Sería estupendo que lo «erróneo» y lo «falso» se anularan entre sí, pero no lo hacen. Por eso caminan cogidos del brazo y cantan rimbombantes estribillos.

Como funcionario me guardaré de hacerle hasta la



más mínima crítica a esta encantadora copla. Aunque me cueste, pero ¿qué puede hacer un solo individuo contra todos? Únicamente enfadarse sin que se le note. Y yo no quiero enfadarme más.

Corrige rápido, ¡querrás ir al cine!

Pero ¿qué es lo que escribe N?

«Todos los negros son astutos, cobardes y vagos.»

Esto es del género idiota. ¡Lo tacharé!

Y cuando me dispongo a escribir con tinta roja en el margen: «Esto son generalizaciones absurdas...», me paro. Atención, esta frase sobre los negros, ¿no la he oído últimamente en alguna ocasión? ¿Dónde? ¡Claro, ya está! Retumbaba a través del altavoz del restaurante y estuvo a punto de hacerme perder el apetito.

Dejo por tanto la frase tal como está, pues lo que dicen en la radio ningún maestro tiene derecho a tacharlo en el cuaderno escolar.

Y mientras continúo con la lectura, oigo la radio sin parar: cuchichea, aúlla, ladra, arrulla, amenaza... Y los periódicos lo reproducen y los niños... Los niños lo copian.

Acabo de dejar la letra T y ya viene la Z. ¿Dónde está W? ¿He perdido el cuaderno? No, no, si W ayer estaba enfermo... El domingo pilló una pulmonía en el estadio de fútbol, claro, si el padre me lo comunicó debidamente, por escrito. ¡Pobre W! ¿Por qué vas tú también al estadio cuando está lloviendo a cántaros y hace un frío que pela?

Al fin y al cabo esta pregunta podrías hacértela tú

mismo, se me ocurre. También tú estuviste el domingo en el estadio y te quedaste hasta el pitido final, aunque el espectáculo que ofrecieron ambos equipos no era precisamente de primera. En modo alguno. El juego fue incluso francamente aburrido... Así que, ¿por qué te quedaste? Y contigo otros treinta mil espectadores que también habían pagado su entrada.

¿Por qué?

Cuando el extremo derecha dribla al lateral izquierdo y centra, cuando el delantero centro envía el balón fuera y el portero se lanza, cuando el interior izquierdo abandona la defensa e inicia el ataque, cuando el defensa salva el gol en la línea de meta, cuando un jugador carga violentamente o hace un gesto deportivo, tanto si el árbitro es enérgico o débil como parcial o imparcial, para el espectador no existe nada en el mundo excepto el fútbol, ya brille el sol, llueva o nieve. En esos momentos lo ha olvidado todo.

¿Qué es «todo»?

He de sonreír. Probablemente, los negros...